Los viejos amigos Sílvia Soler





Los viejos amigos

Sílvia Soler

Traducción de Alejandro Palomas

Ediciones Destino Colección Áncora y Delfín Volumen 1391 © Sílvia Soler, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2016) Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona www.edestino.es www.planetadelibros.com

© de la traducción del catalán, Alejandro Palomas, 2017

Primera edición: febrero de 2017

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del Institut Ramon Llull.



ISBN: 978-84-233-5184-8 Depósito legal: B. 1283-2017 Impreso por Black Print Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ada y Mateu

Qué interesante sería poder recordar la primera impresión que nos causó una persona al cabo de los años, cuando ya la hemos conocido, cuando la queremos.

Aquel día, el primer día en la Facultad de Bellas Artes, Mateu se fijó en Ada, la chica de los ojos extraordinarios. Esos ojos eran, de entrada, un reclamo: grandes y claros, de un color indefinido entre el gris y el azul. Sus miradas se cruzaron apenas unos segundos, pero los ojos de Ada le parecieron fríos como peces de escamas grises

Aun así, siguió observándola durante un rato desde el otro lado del aula porque, de esa chica, aparte de los ojos, le gustaba todo. La miró descaradamente, con una insistencia que buscaba una reacción—ya fuera de rechazo o de correspondencia—, pero ella lo ignoró. Fingió que el calor de su mirada, que le lamía los brazos desnudos y la sinuosa línea del cuello hasta la clavícula, ni siquiera le rozaba la piel. La verdad—Mateu lo supo en ese mismo instante—era que la abrasaba. Pero no se lo podía permitir, no podía hacerle caso.

Aquella chica había vivido dieciocho años, nueve meses y tres días esperando ese momento: su entrada al mundo universitario, al mundo de los adultos. Había preparado a conciencia, casi como si fuera una epifanía, ese primer día, el momento en que una deslumbrante criatura se daría a conocer y encontraría su lugar. No veía el momento de dejar atrás a la adolescente vulgar y de familia humilde sumergida en la viscosa mediocridad. Se la quitaría de encima como la serpiente cuando muda la piel, como el gusano de seda que se convierte en mariposa.

Con ese objetivo buscó, al acabar el colegio, el modo de sofisticar su nombre, y pidió a su familia y a sus mejores amigas que se acostumbraran a llamarla Ada. Nada de Imma. No, Imma nunca más. Las chicas accedieron a su petición con entusiasmo y con cierto grado de excitación (en el fondo, siempre habían sabido que ella era distinta, y estaban convencidas de que conseguiría crearse un personaje nuevo con el que dejaría atrás el colegio de monjas, el barrio de Sant Andreu e incluso a ellas), pero a sus padres les costó mucho. Durante todo el verano, la casa se llenó de «Oye, Imma..., ay, Ada» y «pregúntale a Imma..., ¡perdón!, quería decir Ada». Su hermana gemela estaba harta y, a veces, para vengarse de tanta tontería, la hacía rabiar: «Imma, Imma, Imma, Imma».

Aquel primer día de facultad —ese momento fundacional—, la nueva Ada no podía permitirse un intercambio de miradas cómplices con el tipo más desaliñado del grupo, el de las greñas oscuras que le tapaban media cara, el que arrastraba unas alparga-

tas roñosas, el que compartía conversación y cigarrillo con una especie de Sinéad O'Connor rapada y desmirriada, la peor calaña entre los aprendices de artista.

Buscando aligerar la presión de aquella mirada lasciva, Ada inició una banal conversación con la chica junto a la que se había sentado. Se había acercado a ella porque parecía de buena familia: llevaba unos vaqueros de marca con camisa blanca de corte impecable, el pelo rubio oscuro recogido en una cola de caballo, mocasines de piel y unos discretos pendientes de oro. La chica —que, efectivamente, vivía por encima de la Diagonal— alargó la mano, con un gesto insólito que probablemente no habría hecho ningún otro alumno de Bellas Artes, y dijo su nombre: Glòria Ponsirenes.

Satisfecha, Ada hizo lo propio: Ada García-Torralba. Lo dijo como si fuera un solo apellido, y se lo imaginó escrito con un guion. Le pareció que sonaba bien. Sonrió, incapaz de disimular su satisfacción: adiós a la aburrida Imma García. Hola, Ada García-Torralba. Había nacido una estrella.

Y, a Dios gracias, ella tenía el físico adecuado para la nueva Ada: era esbelta, con el cuello largo, los pómulos marcados y unos ojos enormes y separados. También tenía —y de eso estaba convencida— una aptitud que la diferenciaría de la masa. En la carrera, Ada adquiriría, además, eso que se conoce como savoir faire; aprendería a relacionarse socialmente, acumularía conocimientos y potenciaría su talento natural. Se imaginaba, a punto de cumplir los cincuenta —elegante, con el pelo gris y vestida de Ar-

mani—, inaugurando una gran retrospectiva sobre su obra en una galería chic del Eixample.

Durante el primer trimestre, prácticamente no hubo ninguna relación entre Mateu y Ada. Las ávidas miradas del chico fueron perdiendo intensidad hasta desaparecer del todo. No tenía ninguna necesidad de mendigar la atención de aquellos ojos cenicientos. En primero de Bellas Artes había chicas de ojos azules como piscinas, chicas de ojos sonámbulos, chicas de ojos encendidos. Y él, Mateu, gracias a aquel aire insolente y a aquella barba larga y oscura, era objeto de torrentes de miradas. La amiga que intentaba parecerse a Sinéad O'Connor y que lo seguía por todas partes como un perrito faldero decía que Mateu se daba un aire a Gustav Klimt. No era cierto, pero sabía que a él le gustaba oírlo. Y, por una sonrisa de Mateu, aquella chica habría sido capaz de decirle que podía pasar por el hermano gemelo del mismísimo Leonardo.

Mateu no se parecía a Klimt, pero sin duda tenía la mirada inteligente, viva y penetrante de Klimt, y de Picasso, de Renoir, de Frida Kahlo o de Modigliani. También la de Leonardo.

Y tenía una voz grave y aterciopelada que hilaba argumentos apasionadamente, sobre todo cuando se trataba de hablar de arte. Los profesores lo escuchaban, los compañeros lo respetaban. No necesitaba reinventarse ni tampoco crearse un personaje. Precisamente por eso no despertaba en Ada ninguna simpatía. Cualquiera habría podido pensar que lo envi-

diaba, que envidiaba aquel liderazgo suyo ejercido con naturalidad, aunque tampoco estaba muy claro. Admiraba la vitalidad de su mirada, pero detestaba su aspecto desaliñado.

Eran dos alumnos brillantes, que intervenían a menudo en clase y se disputaban la atención de los profesores. Esa competitividad se hacía especialmente patente en las clases del doctor Vegara, el eminente antropólogo que les había descubierto la capacidad humana para representar la realidad a través del arte y les abría ventanas a mundos exóticos y a culturas que no habían sido mancilladas por la llamada civilización; un mundo misterioso y deslumbrante de chamanes y danzas rituales que los inspiraba y los excitaba.

Las clases de Vegara podían limitarse a su exposición magistral —que los alumnos escuchaban con auténtica devoción— o transformarse, en cualquier momento, en un encendido debate sobre, por ejemplo, si el arte hace o debe hacer compatibles el conocimiento científico y el pensamiento mágico.

Mateu, que ya entonces era un lector voraz que digería y sacaba provecho de todo lo que leía, levantaba su poderoso brazo y pedía la palabra para citar a Lévi-Strauss: todo el mundo sabe que el artista tiene a la vez un poco de sabio y un poco de artesano.

Vegara asentía, y Mateu, con una sonrisa de satisfacción en los labios, volvía a sentarse y echaba una mirada a la zona oeste del aula, donde había visto de reojo que estaba sentada la estirada de los ojos grises.

Ada acusaba de pedante a Mateu, y no dudaba a la hora de sembrar dudas insidiosas sobre la solidez real de sus conocimientos en el ámbito del arte. Insinuaba que, en el fondo, era todo una gran *mise en scène* (y lo decía así, con ese acento francés del barrio de Sant Andreu aplicadamente adquirido en las clases de sor Ángela): la barba descuidada y más larga de lo habitual, los pañuelos al cuello de colores vivos —morados, verdes, rojos—, el tabaco de picadura, la mochila siempre medio abierta para que asomara la cabeza algún libraco sobre teoría del arte, iconología o estética.

Los dos reclamaban atención, deseosos de recibir los halagos del profesor y de responder rápidamente y con inteligencia a sus interpelaciones.

Por eso, aquella mañana de diciembre, cuando el doctor Vegara entró en clase con su paso decidido y, sin tan siquiera dar los buenos días, preguntó: «¿Quién sabría decirme algo interesante sobre Gauguin?», los mecanismos internos de Ada y de Mateu se activaron y los dos levantaron la mano a la vez.

—La chica del jersey de cuello alto... ¿Ada, verdad?

Vegara se acordaba de su nombre. Ada paseó brevemente la mirada por el aula saboreando ese primer triunfo.

—Postimpresionista francés. Su pintura evolucionó hacia el sintetismo y el simbolismo, especialmente durante su etapa en la Polinesia. Su concepción estética ejerció una poderosa influencia en los movimientos expresionista y fovista.

Pausa. Ada cogió aire y clavó sus ojos acerados en el profesor, que la miraba impertérrito. Decidió continuar.

- —Algunas de sus obras más famosas son *El cristo* amarillo, *Tahitianas en la playa* o *Van Gogh pintando* girasoles. Su relación con Van Gogh...
- —Gracias, Ada. Escuchemos también al señor Alert.

Ada se sentó con la espalda muy recta, como le habían enseñado a hacerlo las monjas. Le habría gustado poder lucirse más. Se mordió el labio mientras veía las miradas de sus compañeros puestas en Mateu, que se había levantado sin prisa, como si le diera pereza. Pensó que no le iría mal una buena ducha.

-Gauguin era un salvaje. ¡Quería ser un salvaje! Por eso dejó atrás una vida convencional, pasó hambre, soportó el desprecio de la crítica y del público... todo por la pintura, sin normas sociales ni académicas, buscando la esencia. Intentó encontrar el paraíso en la Bretaña, en Tahití o en Martinica, y quiso enseñar a sus amigos europeos, blancos y burgueses, que la belleza podía tener otras formas y colores. Solo contaba con sus pinceles y sus óleos y una fe inmensa en su arte. Pintó árboles azules, soles a pleno sol; campos rojos; flores como chispas. Decía que el proceso creativo nace cuando sentimientos extremos entran en contacto en el interior del artista y todo estalla como un volcán. Y también decía que solo es feliz quien es libre. Y que solo es libre quien es lo que puede ser, es decir, lo que debe ser.

El silencio vibraba cargado de entusiasmo; hasta Ada pudo notarlo. Mateu se sentó de aquella manera tan típica de él, medio encogido, con el cuerpo repantigado con indolencia. El profesor Vegara se limitó a mover la cabeza un par de veces, asintiendo con un inequívoco gesto de aprobación. Y entonces les anunció que esa primavera, la de 1989, se celebraría, en París, la exposición más importante que hasta entonces se había hecho sobre Paul Gauguin, con piezas procedentes de museos de todo el mundo. Era una ocasión única, dijo Vegara, y les animó a viajar a la capital francesa para verla.

Esa noche, Ada durmió poco y mal. Se odiaba. Odiaba su discursillo mediocre de estudiante de bachillerato sobre Gauguin. Aquella insignificante entrada de enciclopedia. Aquella ridícula intervención en la clase del doctor Vegara. Había desperdiciado su primera oportunidad para lucirse delante de él y de la clase resucitando a la repelente y patética Imma García.

Y seguía odiándose sin remedio cuando al día siguiente, a primera hora, entró en el bar de la facultad a tomar el café, con la cabeza gacha y una actitud ensimismada. Allí la esperaba, exultante, su amiga Glòria. «¡Ven! —le decía mientras la empujaba por el pasillo—, ¡ven a mirar el tablón de anuncios, corre!» Ella se dejó llevar, aunque fuera incapaz de interesarse por ninguno de los anuncios que los profesores o la secretaria pudieran ofrecerle esa mañana.

Glòria la agarró de la mano durante los últimos metros, se colocó detrás de ella y la hizo avanzar dos pasos antes de dejarla situada exactamente delante de una hoja de papel amarillo. Sin ganas, Ada leyó: «Se ofrece conductor para viajar a París para ver la exposición de Gauguin». Y debajo, en letra más

pequeña: «Si alguien quiere ir y dispone de coche, puede ponerse en contacto conmigo en el teléfono...».

Qué cara más dura, pensó de inmediato. ¡Un fresco que no tiene coche y quiere conseguir uno sin pagar un duro!

Glòria le daba impertinentes golpecitos en las costillas. «¿Qué? ¿Qué? ¿Nos apuntamos?»

Solo entonces —las letras se movían delante de sus ojos debido a los codazos de su amiga— vio su nombre. El caradura que firmaba el anuncio: Mateu Alert. Su reacción no se hizo esperar: «¡Yo con ese tío no voy ni a la vuelta de la esquina!».

Glòria, en cambio, aseguró que, si al final aparecía algún coche, ella sí se apuntaría. ¡Imagínate! ¡Un viaje a París!

Y el coche apareció al día siguiente: un tal Santi escribió en el papel del tablón de anuncios que él también quería ir a París y que su tío le prestaba un Peugeot 205 que estaba en bastante buen estado. Justo debajo, alguien había escrito: «¡Yo también me apunto!», y un nombre: Lídia. Ada volvió a decir que, por mucho interés que despertara en ella la exposición de Gauguin, de ninguna manera estaba dispuesta a hacer un viaje con aquel desgreñado.

Al día siguiente, Glòria le contó, compungida, que sus padres no la dejaban ir a París. Ada los justificó, comprensiva: «No me extraña, con unos chicos a los que no conoces de nada, y que, además, no deben de tener mucha experiencia al volante... Cualquiera se fía».

En la lista del tablón de anuncios apareció un

cuarto nombre: Marc Daura. Ada sabía quién era, lo tenía controlado. Un chico de buena planta, que normalmente llevaba polos de tonos claros, con una mandíbula ancha que encajaba una sonrisa franca y el perfil griego. Hacía semanas que intentaba tropezar con él en el bar o en la biblioteca, pero todavía no había encontrado el modo de entablar conversación.

—¿Vamos? —Glòria la apremiaba porque no quería llegar tarde a clase de escultura, una asignatura en la que destacaba.

—Adelántate tú. Yo voy ahora...

Antes de darse la vuelta, Glòria vio que Ada sacaba un bolígrafo y escribía algo en la hoja del viaje a París. Supuso que los estaría insultando y se acercó a ver. No. Solo había escrito su nombre debajo de los de Mateu Alert, Santi, Lídia y Marc Daura: Ada García-Torralba.

Ante la mirada estupefacta de su amiga, Ada se volvió con una gran sonrisa en los labios: «¡Pues ya somos cinco!».

Del viaje a París, Mateu recuerda una noche: la lluvia fina, la ropa empapada, el temblor que sacudía el cuerpo de Ada, la humedad calándole los huesos. Estaban sentados en la orilla del Sena, sobre la piedra, y ella tenía frío y quería irse. Él no quería que se marchara y le decía que cerrara los ojos y pensara en los cuadros de Gauguin que habían visto horas antes: «Cierra los ojos y el frío desaparecerá. Mira, hace una noche tropical, estamos en una tierra de maravillas, fecunda, rodeados de una vegetación exuberan-

te, ¿no hueles el perfume de las gardenias? Las chicas haitianas de piel oscura van descalzas, quieren pisar la tierra húmeda. Los colores son fabulosos, el aire es tibio».

Mientras él hablaba, ella —que todavía temblaba— se apoyó en su pecho, arrebujada en su anorak de plumas. Entonces levantó la mirada hacia él, esos estanques que hasta ayer le habían parecido enfangados y que hoy eran diáfanos, y con la mirada le dijo: «Vale, me quedo».

—Ayer éramos dos desconocidos y hoy somos hermanos, ¿te das cuenta?

Ada lo rectificó:

—Más que desconocidos. Nos odiábamos. Yo te odiaba desde el día que me humillaste en la clase de Vegara.

La corriente de antipatía que había circulado entre ellos prácticamente desde el primer día de curso se había esfumado hacía un rato, mientras cenaban con los demás. Estaban sentados en el rincón de un café, alrededor de una mesa de mármol, y la conversación había ido derivando hacia las respectivas infancias de cada uno.

Marc habló de sus hermanas menores, de su abuelo pintor, del año que los Reyes le habían traído el caballete y las pinturas, de aquel cero en mates, del *hockey*, de su viaje en familia a Nueva York.

Santi, del piso húmedo de Sant Adrià, de los boquerones con vinagre, de la gata Perlita, del hombre que pintaba las tres torres de la térmica con acuarelas, del verano con neumonía.

Lídia, de la tienda de marcos de sus padres, de los

clientes artistas, de la habitación que compartía con su hermana (y de las colchas llenas de arcos iris), de los veranos en Palamós, de aquella profesora de dibujo con la melena gris que soltaba palabrotas.

Ada escuchaba enfurruñada: no tenía ningunas ganas de hablar de sus primeros años en Sant Andreu, de la triste habitación de las literas, de sor Ángela y el punto de cruz, de los garbanzos, de la mema de Heidi, de las tediosas tardes de domingo, Betis-Rayo Vallecano X. Se había hecho el firme propósito de no reconocer todo eso como propio, de borrar su infancia e inventarse una nueva, con una habitación amplia, de grandes ventanales, con las paredes de color fresa y la luz entrando a raudales, sin más cama que la suya.

Pero no sabía si tenía el valor suficiente para mentir, no se consideraba una cínica. ¿O quizá sí? Mientras le daba vueltas a eso, vio que los demás estaban muy concentrados. Lo veía en sus cuerpos, ligeramente encorvados hacia delante, en sus ojos como platos y en el silencio, que parecía que podía crujir como el papel celofán. Prestó atención.

Era Mateu. Captó algunas palabras sueltas: paliza, padre, insultos, miedo. Hablaba despacio, con esa voz tan grave que va menguando y menguando hasta que parece que vaya a hundirse bajo tierra. Estaba contando que su infancia era apenas un mosaico de recuerdos terribles. Que su padre bebía y le pegaba unas tundas de miedo. Que le dolían más los insultos que las bofetadas: «Cabronazo, bastardo, idiota, basura». A Ada, horrorizada, le pareció que Mateu hablaba cada vez más despacio y que su voz resonaba como si estuviera en una catedral.

Los demás lo escuchaban con una mezcla de compasión y de rabia, y todos, Mateu y el resto, ignoraban la sangrante batalla que se libraba en ese momento junto a ellos, en el interior de su compañera, que se había ido encogiendo hasta quedarse arrinconada. Ada se protegió levantándose el cuello del jersey y se tapó la boca y la nariz; la lana, de un tono azul celeste, le hizo cosquillas debajo de los ojos, que se le habían aclarado hasta parecer exactamente del mismo azul que el jersey.

Notó cómo Marc buscaba palabras de apoyo y de simpatía, cómo Lídia se secaba discretamente una lágrima y cómo Santi cogía a Mateu por los hombros y lo sacudía afectuosamente. Ada no se movió ni un milímetro; estaba segura de que si lo hacía las palabras brotarían de ella involuntariamente, la desbordarían por acumulación y buscarían oxígeno porque se le ahogaban dentro.

Al cabo de un rato, la conversación había ido languideciendo y los amigos bostezaban uno tras otro. Estaban cansados, y al día siguiente querían despertarse temprano para ir a ver a los impresionistas, así que se levantaron de la mesa, con el consiguiente chirriar de sillas, y alguien preguntó:

—¿No vienes, Ada? ¿No te encuentras bien?

Y ella asintió primero y después negó con la cabeza. Le temblaba la barbilla cuando intentó hablar. Los demás volvieron a sentarse, Lídia le dejó reposar la mano en su brazo y volvió a preguntarle: «¿Estás bien?».

Y, mientras Ada seguía muda y quieta, Imma encontró la voz y habló, y dijo que sabía de lo que habla-

ba Mateu porque en su casa también había una persona que bebía demasiado, pero que no era su padre, sino su madre, y eso era aún más desconcertante para una niña, más terrorífico, más vergonzante.

Ya está, ya lo había dicho. Imma se marchó y la dejó a ella, a Ada, indefensa ante el peligro. Se hizo un silencio duro como una piedra que Mateu hizo trizas estampando con fuerza la mano contra el mármol de la mesa.

—¡A ver! ¡Necesitamos más vino! Garçon, s'il vous plaît!

Ada se levantó. Parecía haber adelgazado, estaba muy pálida. Se sentía totalmente incapaz de enfrentarse a aquella situación. El alcoholismo de su madre era su secreto inconfesable, no podía imaginar una humillación mayor que la de exponerlo delante de sus nuevos amigos. No tenía ni idea de qué la había empujado a hacerlo, pero, fuera como fuese, acababa de enterrar a Ada García-Torralba. Ahora volvía a ser Imma García, la niña de barrio condenada a la mediocridad. Jamás se lo perdonaría.

Temblaba a causa de la indignación que la embargaba. Lídia lo notó y sugirió a los demás que dieran la noche por terminada. Vamos a dormir, mañana será otro día. Los chicos enseguida le hicieron caso, encantados de poder huir de aquella situación tan incómoda. Todos salvo Mateu, que no se movió de su sitio y que, con un brazo de hierro descansando sobre el hombro de Ada, se aseguró de que tampoco ella se fuera.

Y así fue cómo Ada y Mateu terminaron en la orilla del Sena, muy cerca del río, bajo la fina lluvia

de París. Con las manos entumecidas, los labios oscurecidos y los huesos doloridos por la humedad. Ella con todo su cuerpo apoyado en el pecho de él.

Ada lloró al recordar a la niña que deseaba que su madre no hubiera ido a recogerlas al colegio. Su hermana y ella salían de clase y paseaban la mirada entre la gente, una multitud de abuelos afectuosos, madres risueñas, abuelas que abrían los brazos y soltaban gritos de alegría cuando su nieta las abrazaba. Sus compañeras salían dándose empujones por la puerta y corrían hacia sus padres, hacia una tía, hacia su hermana mayor... que las recibían con una sonrisa.

Ella solo deseaba que su madre no apareciera. Aunque eso quisiera decir —lo sabía perfectamente— que había bebido más de la cuenta y se había quedado dormida en cualquier rincón de casa.

Los días que su madre iba a recogerla, Ada la distinguía enseguida y, sin darle ninguna oportunidad a su hermana, se acercaba a ella a toda prisa, la cogía de la mano y se la llevaba de allí a rastras para que no hablara con nadie.

A veces la cogía por la cintura y todo el mundo —su madre también— interpretaba el gesto como una muestra de afecto. Pero lo hacía solo para controlar su inclinación, porque se daba cuenta de que se tambaleaba al caminar.

Mateu la escuchaba mientras recorría con el dedo sus cejas, luego el puente de su nariz, luego su cuello. De vez en cuando le recogía de la piel una gota de lluvia que también podía ser una lágrima.

Por fin dejó de llover. En el cielo de París se abrieron algunos claros, y una luna amarilla, que no llega-

ba a ser del todo redonda, salió a contemplarlos. Justo en ese momento Mateu rompió su silencio. Le preguntó por su padre, por sus hermanas. ¿Recordaba a su madre sin beber? ¿Cuándo creía que había empezado su dependencia? ¿Había pensado alguna vez sobre lo que la había llevado a eso?

Y Ada evocó unos primeros años, pocos, muy felices. Con unos padres enamorados y aquellas gemelas tan guapas —Imma y Rosa— de ojos marinos. Es cierto que pasaban muchas estrecheces, pero había momentos luminosos, pequeños y refulgentes como luciérnagas en el gris de aquellos días.

Pero después su abuela —la madre de su madre— se puso enferma, muy enferma. Y, como era viuda, tuvieron que llevársela a vivir con ellos a casa. Los recuerdos empiezan a enturbiarse a partir de entonces. Su abuela perdió la cabeza y ya no era su abuela. Era una vieja enloquecida que gritaba y soltaba palabrotas. Su padre empezó a llegar más tarde por la noche, decía que en aquella casa no había quien viviera. Su madre estaba demacrada y no dormía bien. Entonces, supieron que se había quedado embarazada, y su padre se enfadó mucho. Decía que solo les faltaba un bebé dando por saco y cosas así.

Luego nació Àngels y, durante unos meses —que a Ada se le hicieron eternos—, su madre no pudo atenderla. O estaba con la pequeña o con la abuela. A su padre no lo veía prácticamente nunca: cuando Ada se levantaba, él ya no estaba, y, cuando se iba a dormir, todavía no había vuelto. Solo le quedaba Rosa, su gemela, que la seguía a todas partes y que quería

jugar con las muñecas e inventar un lenguaje secreto que solo ellas conocieran. Ada —que en aquel entonces era Imma— le decía que era una pesada y la humillaba delante de sus amigas.

Cuando la pequeña empezó a ir al colegio, su abuela ya había dejado de hablar y de moverse, pero no acababa de morirse nunca. Ada calculaba que fue entonces cuando su madre empezó a beber. Se pasaba los días encerrada en casa, sin hablar con nadie, sin nada que hacer salvo lavar a su madre, curarle las llagas y lavar las sábanas y las toallas manchadas de sangre y de pus. «Huele a pis por todas partes», se quejaba a menudo.

Por las mañanas, cuando Rosa y ella estaban a punto de salir de casa, con el uniforme azul marino y el pelo recogido en dos coletas, su madre las despedía en el umbral. Les metía un bocadillo en la cartera y les daba un beso en la mejilla. A Ada le llegaba su apestoso aliento. No sabía a qué se debía, pero no podía evitar dar un imperceptible paso atrás cuando su madre se acercaba a ella. Era, quizá, el recuerdo que más había perdurado, turgente y lustroso, en su memoria: ella rechazando los besos de su madre, presa de aquel asco que le subía por la garganta y le enrojecía las mejillas. Miraba a su hermana gemela buscando su complicidad, un pellizco de solidaridad. Pero Rosa parecía no darse cuenta de nada, parecía que no hubiera percibido el tufo a vino. Y Ada la detestaba por su estúpida inocencia.

Mateu la escuchó en silencio y compartió con ella las vergüenzas, los terrores nocturnos, la náusea, la humillación. Y añadió los moratones en la espalda y, después, el proceso de análisis y la reflexión: atar cabos, filtrar los recuerdos, comprender, perdonar.

Cuando se levantaron, tenían los muslos entumecidos y la zona baja de la espalda dolorida. Volvieron andando en silencio a la pensión, y ella soltó una risa tímida cuando Mateu metió los pies en un charco y empezó a imitar a Gene Kelly mientras tarareaba Singin' in the Rain.

Avanzaron de la mano por el pasillo de la pensión. Delante de la puerta de la habitación donde dormía Lídia, Mateu y Ada se miraron a los ojos. Él recorrió con el dedo su mandíbula y le dijo: «Buenas noches, que descanses; hasta mañana».